

PROYECTO IT15i10036

DESARROLLO DE UNA PLATAFORMA PARA LA EVALUACIÓN DE LA COMPRENSIÓN LECTORA Y ORIENTACIONES PARA SU INTERVENCIÓN

4° EM NIVEL 7

Material Didáctico Unidad de Intervención Pedagógica

Dramáticas
ANEXOS

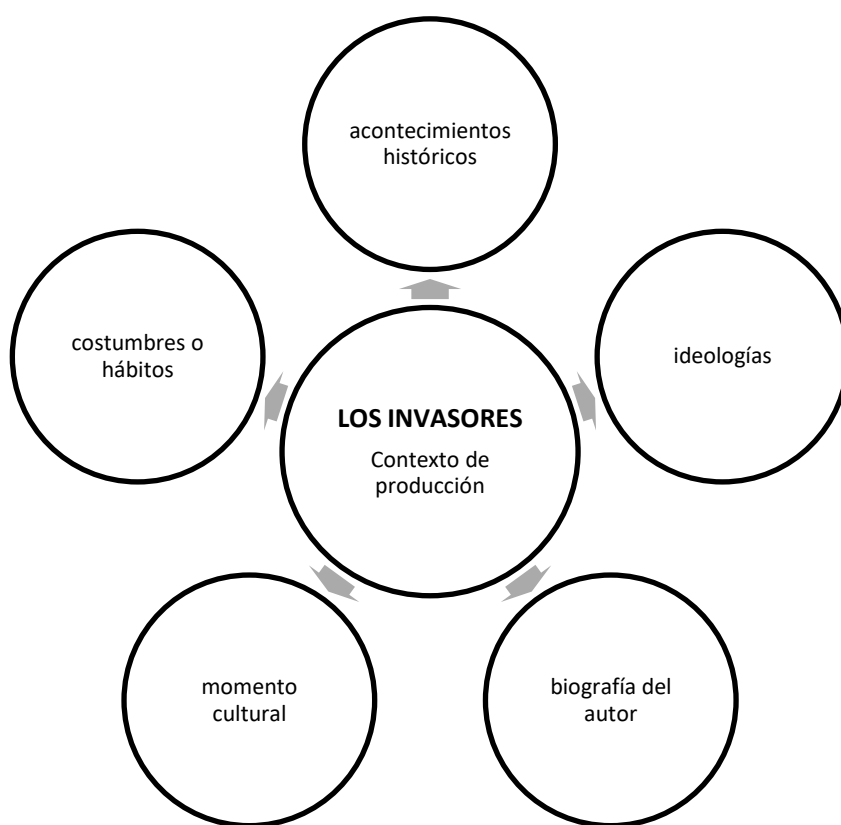


LECTUM[®]

PRUEBA DE COMPRENSIÓN LECTORA

ANEXO 1:

ACTIVIDAD. Completa el siguiente mapa semántico con la información del contexto de producción y de recepción de la obra teatral "Los invasores" de Egon Wolff extraída de los videos vistos en la clase.





ANEXO 2:

TEXTOS: escenas de "Casa de muñecas", "Natacha", "La casa de Bernarda Alba", y "La leyenda de las tres pascualas".

AUTORES: Henrik Ibsen, Armando Moock, Federico García Lorca, Isidora Aguirre y Leyla Selman.

FUENTES:

http://www.danielcinelli.com.ar/archivos/Obras/Segundo_nivel/Realismo_Europeo/Obras/Ibsen/Casa_de_Munecas.pdf

http://www.cervantesvirtual.com/portales/federico_garcia_lorca/obra-visor/la-casa-de-bernarda-alba-775125/html/

ACTIVIDAD.

Lee junto a tu grupo los siguientes textos de manera silenciosa.

A continuación, respondan en sus cuadernos a las siguientes preguntas relativas al contexto de producción y de recepción:

- 1) ¿En qué época y lugar se desarrolla la acción?
- 2) En relación a los personajes femeninos: identifica sus características psicológicas y físicas, qué acción realiza en la escena, cómo se relacionan con los otros personajes, qué "tipo literario" o qué "estereotipo" representan.
- 3) En relación con la pregunta anterior, discutan en grupo:
¿Qué aspectos de los personajes femeninos les parecen afines con la visión contemporánea acerca del rol de las mujeres en la sociedad? y ¿Qué cambios le harían a los personajes (femeninos o masculinos) para representar una visión de la sociedad libre de prejuicios y equitativa?

Casa de muñecas (Henrik Ibsen).

Síntesis

Por Juan Andrés Piña.

El argumento gira en torno a Nora, una encantadora y dichosa dueña de casa que al comenzar la acción se prepara a celebrar la Navidad junto a su marido Helmer y sus hijos. Por lo que los personajes comentan, atrás han quedado los días de oscuridad económica: restablecido Helmer de una dolencia, acaba de ser nombrado en un importante cargo en un banco. Sin embargo, un episodio del pasado sigue perturbando a Nora: cuando su marido estuvo enfermo, ella se vio en la obligación de obtener dinero prestado. A falta de otro recurso, falsificó la firma de su padre para conseguirlo. Poco a poco fue reduciendo su deuda y ahora puede cancelar el saldo final. Pero Krogstad, el hombre que le facilitó la suma, trata de extorsionarla para que convenza a su marido

de que le dé un buen puesto en el banco. Amenaza a Nora que si no consigue ese cargo, hará público el documento donde aparece la firma falsificada. Aunque al final Nora puede salvar la situación evitando que Helmer acceda al documento, deja que las cosas ocurran, esperando una comprensión de él: mal que mal, la acción de Nora estuvo encaminada a salvarle la vida. Al revés de ello, Helmer la acusa en los peores términos y le dicta una norma en la futura vida en común: la prohibición de educar a los hijos. Decepcionada, Nora, no acepta esa propuesta y decide irse de la casa para hacer una vida diferente. Todo concluye con su salida del hogar.

Escena

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada pero sin lujo. Al fondo, dos puertas que conducen, la de la derecha al recibidor, y la de la izquierda, al despacho de HELMER. A la izquierda, en primer término, una ventana, y en segundo término, una puerta. A la derecha, en primer término, una chimenea, y en segundo término, una puerta. Entre las dos puertas del fondo, un piano. A la izquierda, cerca de la ventana, una mesa, un sillón y un pequeño diván. A la derecha, entre la chimenea y la puerta, una mesa pequeña y, a ambos lados de la chimenea, varias butacas. Un mueble con vajilla, un armario lleno de libros lujosamente encuadernados, grabados y algunos objetos de arte convenientemente distribuidos, completan el decorado de la escena, que debe estar alfombrada. Es un día frío de invierno y en la chimenea arde un buen fuego.

ESCENA I.

Al levantarse el telón, suena un campanillazo en el recibidor. ELENA, que se encuentra sola, poniendo en orden los muebles se apresura a abrir la puerta derecha, por donde entra NORA, en traje de calle y con varios paquetes, seguida de un MOZO con un árbol de Navidad y una cesta. NORA tararea mientras coloca los paquetes sobre la mesa de la derecha. El MOZO entrega a ELENA el árbol de Navidad y la cesta.

NORA: Esconde bien el árbol de Navidad, Elena. Los niños no deben verlo hasta la noche, cuando esté arreglado. (Al mozo, sacando el portamonedas). ¿Cuánto le debo?

EL MOZO: Cincuenta céntimos.

NORA: Tome una corona. Lo que sobra, para usted. (El mozo saluda y se va. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se despoja del sombrero y del abrigo. Después saca del bolsillo un cucurucho de almendras y come dos o tres, se acerca de puntillas a la puerta izquierda del fondo y escucha). ¡Ah! Está en el despacho. (Vuelve a tataraear, y se dirige a la mesa de la derecha).

HELMER (Dentro): ¿Es mi alondra la que gorjea?

NORA (Abriendo paquetes): Sí.

HELMER: ¿Es mi ardilla la que alborota?

NORA: ¡Sí! HELMER: ¿Hace mucho tiempo que ha venido la ardilla?

NORA: Acabo de llegar. (Guarda el cucurucho de confites en el bolsillo y se limpia la boca). Ven aquí, Torvaldo; mira las compras que he hecho.

HELMER: No me interrumpas. (Poco después abre la puerta, y aparece con la pluma en la mano, mirando en distintas direcciones). ¿Comprado dices? ¿Todo eso? ¿Otra vez ha encontrado la niñita modo de gastar dinero?

NORA: ¡Pero, Torvaldo! Este año podemos hacer algunos gastos más. Es la primera Navidad en que no nos vemos obligados a andar con escaseces.

HELMER. Sí... pero tampoco podemos derrochar...

NORA: Un poco, Torvaldo, un poquitín, ¿no? Ahora que vas a cobrar un sueldo crecido, y que ganarás mucho, mucho dinero...

HELMER: Sí, a partir de Año Nuevo; pero pasará un trimestre antes de percibir nada...

NORA: ¿Y eso qué importa? Mientras tanto se pide prestado.

HELMER: ¡Nora! (Se acerca a Nora, a quien en broma toma de una oreja. ¡Siempre esa ligereza! Supón que pido prestadas hoy mil coronas, que tú las gastas durante las fiestas de Navidad, que la víspera de año me cae una teja en la cabeza, y que...

NORA (Poniéndole la mano en la boca): Cállate, y no digas esas cosas.

HELMER: Pero figúrate que ocurriese. ¿Y entonces?

NORA: Si sucediera tal cosa... me daría lo mismo tener deudas que no tenerlas.

HELMER: ¿Y las personas que me hubieran prestado el dinero?

NORA: ¿Quién piensa en ellas? Son personas extrañas.

HELMER: Nora, Nora, eres una verdadera mujer. En serio, mujer, ya sabes mis ideas respecto de este punto. Nada de deudas; nada de préstamos. En la casa que depende de deudas y préstamos se introduce una especie de esclavitud, cierta cosa de mal cariz que previene. Hasta ahora nos hemos hecho firmes, y seguiremos haciendo otro tanto durante el tiempo de prueba que nos queda.

NORA (Acercándose a la chimenea): Bien, como tú quieras, Torvaldo.

HELMER (Siguiéndola): Vamos, vamos, la alondra no debe andar alicaída. ¿Qué? ¿Ahora salimos con que la ardilla tuerce el gesto? (Abre su portamonedas). Nora, adivina qué tengo aquí.

NORA (Volviéndose con rapidez): Dinero.

HELMER: Mira. (Entregándole algunos billetes). ¡Dios mío! Hay muchos gastos en una casa cuando se acerca Navidad.

NORA (Contando): Diez, veinte, treinta, cuarenta; ¡gracias, Torvaldo! Con esto ya tengo para ir tirando.

HELMER: No habrá más remedio.

NORA: Se hará así, descuida. Pero ven aquí. Voy a enseñarte todo lo que he comprado, y ¡tan barato! Mira: un traje nuevo para Iván y, un sable; un caballo con una trompeta para Bob, y una muñeca con una cama para Emmy. Claro que es muy sencillo, porque en seguida se rompe. Y aquí, delantales y telas para las, muchachas. La buena Mariana merecía mucho más que esto, pero...

HELMER: Y en ese paquete, ¿qué hay?

NORA (Profiriendo un ligero grito): No, Torvaldo, eso no lo verás hasta la noche.

HELMER: Bien, bien. Pero dime, manirrota, ¿qué te gustaría a ti?

NORA: ¡Bah! ¿Me preocupo acaso de mí?

HELMER: Lo creeré, si te empeñas. Vamos, dime algo que te tiente, una cosa razonable.

NORA: Realmente... no sé. Y eso que... oye, Torvaldo...

HELMER: Veamos.

NORA (Jugueteando con los botones de la americana de Helmer, pero sin mirarlo): Si est-s decidido a regalarme algo, podrías... podrías...

HELMER: Vamos, acaba.

NORA (De un tirón): Podrías darme dinero, Torvaldo. ¡Oh!, poca cosa, aquello de que puedas disponer, con eso me compraría algo.

HELMER: Pero, Nora...

NORA: ¡Vaya que sí! Lo vas a hacer, Torvaldito. Te lo ruego. Colgaré el dinero del árbol envuelto en un papel dorado muy bonito. ¿No hará buen efecto?

HELMER: ¿Cómo se llama el pájaro que está despilfarrando siempre?

NORA: Sí, sí, el estornino, ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo; así tendré tiempo para pensar en algo útil. ¿No es lo más razonable, di?

HELMER (Sonriendo): Si supieras emplear el dinero que te doy y comprar efectivamente alguna cosa, sí, pero desaparece en la casa, se evapora en mil pequeñeces, y luego tengo que volver a aflojar la bolsa. NORA: ¡Qué cosas tienes, Torvaldo!

HELMER: Es la pura verdad, Norita mía. (Le rodea la cintura con un brazo). El estornino es muy precioso, pero necesita tanto dinero... ¡Es increíble lo que le cuesta a un hombre poseer un estornino!

NORA: ¡Anda! ¿Cómo te atreves a decir eso? Yo ahorro cuanto puedo.

HELMER: ¡Oh!, eso es indudable. Todo lo que puedes, sólo que no puedes nada.

NORA (Tarareando y sonriendo alegremente): ¡Si supieras tú cuántos gastos tenemos las alondras y ardillas!

HELMER: Eres una criatura original. Lo mismo que tu padre, quien lleno de celo y voluntad se afanaba para ganar dinero, y a ti, como a él, tan pronto como lo tienes, se te escurre de las manos y no sabes nunca a dónde va a parar. En fin, hay que tomarte como eres. Sí, sí, Nora, esas cosas son hereditarias, indudablemente.

NORA: Bien quisiera haber heredado muchas cualidades de papá.

HELMER: Yo te quiero como eres, querida alondra. (Pausa). Pero oye; te encuentro hoy no sé cómo... Tienes una cara así... un poco sospechosa.

NORA: ¿Yo?

HELMER: Sí, tú. Mírame bien a los ojos. (Nora mira a Helmer). ¿Habrás hecho esta locuela alguna escapatoria a la ciudad?

NORA: No. ¿Por qué dices eso?

HELMER: ¿De veras no has metido la nariz de golosa en la confitería?

NORA: No, te lo aseguro, Torvaldo.

HELMER: ¿No has olido siquiera los dulces? NORA: Ni pensarlo.

HELMER: ¿No has probado dos o tres almendras?

NORA: ¡Que no! Torvaldo, te digo que no.

HELMER: Bien, mujer, bien; te lo digo en broma.

NORA (Acercándose a la mesa de la derecha): Ni en sueños podría ocurrírseme hacer nada que te desagrade. Puedes estar bien seguro.

HELMER: No, si lo sé. ¿No me lo has prometido?... (Aproximándose a Nora). Vamos, guárdate tus misterios de Navidad, que nosotros ya los sabremos esta noche, cuando se descubra el árbol.

NORA: ¿Has pensado en invitar a comer al doctor Rank?

HELMER: No, ni hace falta, puesto que ya lo sabe. Sin embargo, lo invitaré cuando venga. He encargado buen vino, Nora; no puedes tú figurarte la alegría y los deseos que tengo de que llegue la noche.

NORA: Lo mismo que me pasa a mí. ¡Y qué alegría la que van a tener los niños, Torvaldo!

HELMER: ¡Ah! Es una delicia pensar que se ha llegado a una situación estable, asegurada, y se dispone con holgura de cuanto se necesita. ¿No es una dicha inmensa pensarlo?

NORA: ¡Oh! Es maravilloso. Parece un sueño.

HELMER: ¿Te acuerdas de la última Navidad? Tres semanas antes, te encerrabas todas las noches hasta más allá de las doce, a hacer flores para el árbol de Navidad y a prepararnos otras mil sorpresas... ¡Uf! Es la época más aburrida de que me acuerdo.

NORA: Pues yo no me aburría.

HELMER (Sonriendo): Sin embargo, el resultado fue bastante deplorable, Nora.

NORA: ¡Bueno! ¿Todavía vas a hacerme rabiar con eso? ¿Tengo yo la culpa de que entrara el gato y lo hiciese trizas todo?

HELMER: ¡Claro que no, Norita! ¿Cómo habías tú de tener la culpa? Tú tenías los mejores deseos de que nos divirtiéramos todos, y eso es lo importante. Pero bueno es que hayan pasado aquellos malos tiempos.

NORA: Es verdad; todavía no estoy bien convencida; ¡parece un sueño!

HELMER: Ahora ya no me aburriré encerrado a solas, ni tú tendrás que atormentar tus hermosos ojos y tus lindas manitas.

NORA (Batiendo palmas): No, ¿verdad que no, Torvaldo? ¡Qué gusto, Dios mío! (Toma del brazo a Helmer). Ahora voy a decirte cómo he pensado que nos arreglemos, después que pasen las Navidades... (Se oye llamar). Lllaman. (Ordena la habitación). Vendrá alguien. ¡Qué fastidio!

HELMER (Disponiéndose para entrar al despacho): Si es una visita, acuérdate de que no estoy para nadie.



Natacha (Armando Moock)

"Natacha", a pesar de haber sido escrita en 1925, plantea una temática muy actual: la de la belleza física y el sufrimiento, que puede provocar a una mujer el no gozar de ella. Natacha y Georgina son dos hermanas adineradas que han cargado toda su vida con el peso de considerarse feas. La obra se inicia cuando Georgina se entera de que Natacha ha rechazado casarse con su pretendiente, Jorge, porque se ha dado cuenta de que es él quien la ha elegido en matrimonio, y no ha sido ella quien ha decidido el candidato para casarse. El conflicto que se plantea para Natacha es la duda de que tanto Jorge como sus anteriores pretendientes se le hayan acercado motivados por su riqueza y no atraídos por su persona. Al plantear estas dudas a su hermana, Natacha provoca que Georgina comience a dudar de la veracidad del amor de su esposo, Diego, tras lo cual termina por lograr que reconozca que, en efecto, se ha casado con ella sin amarla. Es así como Diego le confiesa a su esposa la existencia de una amante con la que ha tenido un hijo, lo que motiva una separación temporal de la pareja. Más tarde, Diego termina por volver junto a su mujer, al asumir que en el fondo ha sido amor lo que lo ha unido a ella. Paralelamente al conflicto matrimonial de su hermana, Natacha se reencuentra con Gabriel, un viejo amigo de la infancia, bohemio y escritor, de quien confiesa estar enamorada. Gabriel, pese a que no parece estar profundamente enamorado de su amiga, reconoce en Natacha bondad y belleza espiritual, por lo que decide unirse a ella. En el tercer y último acto, Natacha se halla convertida en madre de un hijo de Gabriel, quien se ha ido de viaje a Paraguay sin saber del embarazo de su amiga. La joven, que espera el regreso del escritor, decide a su vuelta que no desea casarse con él, porque sabe que Gabriel, fiel a su naturaleza de bohemio, en algún momento terminará por abandonarla junto a su hijo. De esta forma, la pareja asume la paternidad en conjunto, pero sin la obligación de imponerse un compromiso formal como el casamiento.

PRIMER ACTO

Salita con amplio ventanal que da a un jardín. Puertas laterales, izquierda y derecha. En un rincón, un piano y mueble para música. Costurero y bastidores para bordados. Mesa de centro, sillas, sillones y sofá. Algunas pinturas de fabricación casera y retratos de músicos célebres, adornan los muros.

Cuando se alza el telón, es media tarde de un día domingo. Natacha, sentada al piano, toca la "Marcha turca", de Mozart. A poco, entra Georgina.

GEORGINA.- ¿Estás loca, Natacha?

NATACHA.- Que yo sepa, no. ¿Por qué me lo preguntas?

GEORGINA.- Diego y yo hemos creído, desde el primer momento, que todo esto no ha sido más que una humorada, una de tus tantas caprichosas excentricidades.

NATACHA.- Estoy alegre, muy alegre, y esta música lleva el compás de mi alegría.

GEORGINA.- En tanto que hablábamos con Jorge, tú, después de haberle dicho lo que dijiste, tocas una marcha al piano, como burlándote.

NATACHA.- No he tenido esa intención.

GEORGINA.- Te aseguro que Jorge está muy afectado, profundamente afectado.

NATACHA.- ¡Ah! ¿Entonces se trataba de Jorge?

GEORGINA.- ¿Y de quién querías que se tratara? Jorge nos ha explicado tu conducta y, realmente...

NATACHA.- ¿Ha ido a ustedes a acusarme?

GEORGINA.- No. Como persona correcta y bien educada, ha creído el deber de decirnos lo sucedido.

NATACHA.- Bien podía haberse evitado esa molestia.

GEORGINA.- Ahora quiero que tú me digas el porqué de la determinación que has tomado con respecto de Jorge.

NATACHA.- Pero, ¿no te lo ha explicado él?

GEORGINA.- ¿Qué quieres que explique él, si todo lo ignora?

ARMANDO MOOCK

NATACHA.- ¡Pobrecito, santo inocente! ¿Qué te ha dicho?

GEORGINA.- Que ha venido a verte, como todos los días, como siempre...

NATACHA.- Es verdad.

GEORGINA.- Que tú, tras breve conversación, le has dicho que habías reflexionado y que no piensas casarte.

NATACHA.- Efectivamente.

GEORGINA.- Y que, a pesar de haberte pedido en todos los tonos que le dieras alguna razón que motivara en ti tan intempestiva y extraña resolución, te negaste a ello.

NATACHA.- Todo eso es cierto.

GEORGINA.- Pero eso es una cosa de loca. Hace ya más de un año que eres su prometida.

NATACHA.- Y en un minuto he resuelto no casarme con él.

GEORGINA.- Alguna razón has de tener para romper en esa forma. Jorge es un excelente muchacho...

NATACHA.- ...Abogado, familia honorabilísima, muy correcto, sin vicios (*Aparte.*) Visibles. (*Alto.*) Un buen partido, en fin.

GEORGINA.- Precisamente. Parecías quererlo.

NATACHA.- No debe de ser así, puesto que alegremente le he pedido que no vuelva más.

GEORGINA.- Le has hecho alentar ilusiones...

NATACHA.- Que yo lamento que se desvanezcan, pero, no pueden ser.

GEORGINA.- ¿Ha sucedido algo grave, que te obligue a tomar esta resolución extrema?

NATACHA.- No.

GEORGINA.- Entonces, ¿por qué? ¿Quieres explicarme? Habla de una vez.

NATACHA.- Acaso precisa mayor explicación que la de decir: el novio que tengo no me interesa.

GEORGINA.- Es que éste no es un juego, Natacha. No es Jorge el primero a quien rechazas.

NATACHA.- Tienes razón. Rechacé primero al señor Moraga, excelente y respetable señor.

NATACHA

GEORGINA.- Eso puede ser excusable, porque te llevaba muchos años.

NATACHA.- Luego a Alvaro Blanlot, que era joven y...

GEORGINA.- Y ahora a Jorge, y a todos, sin dar motivo que justifique tu conducta.

NATACHA.- ¿Y por qué he de justificarme? Soy yo quien se queda sin casarse.

GEORGINA.- Natacha, parece increíble que a mí, tu hermana, el único pariente que tienes, me trates con tanto desapego. Comprende que si te pregunto y me intereso es porque pienso en ti; ya no eres una chica.

NATACHA.- Tengo cuatro años menos que tú.

GEORGINA.- Yo deseo que normalices tu situación.

NATACHA.- ¿Que qué?

GEORGINA.- Que normalices tu situación.

NATACHA.- Entonces, ¿el estado de soltera es anormal?

GEORGINA.- Anormal, no. He querido significarte que lo lógico, humano y natural es que te cases. Somos solas, no podemos saber qué nos depara la vida.

NATACHA.- ¿Entonces molesto en tu casa?

GEORGINA.- Natacha, eres impertinente.

NATACHA.- Vamos, no te sulfures. Tú preguntas, yo pregunto también. ¿Quieres saber por qué no me caso con Jorge? Por la misma razón que no me casé con los otros: porque soy fea. Sí. No me quedes mirando con esa cara de pájaro asustado. No me caso porque soy fea. Y tú comprenderás que esa razón no podía dársele a ninguno de ellos.

GEORGINA.- Realmente, comienzo a creer que estás loca. Entonces, ¿yo y todas las feas no debemos casarnos?

NATACHA.- El que yo, por ser fea, no quiera casarme, no significa que todas las feas adopten la misma resolución; por el contrario, son las feas las que más prisa tienen en hacerlo. Si yo fuera una mujer hermosa y cortejada, no te habrías consternado al ver que rechazaba

ARMANDO MOOCK

un novio. Te habrías limitado a pensar: “¡Eh! Tienen razón, ya encontrará otro, puede elegir”. Pero, como no sucede así, te aterra el pensar: “¡Renunciar a este novio! ¡Dios mío! ¡Pobre hermana mía! ¡Quizás si vuelva a encontrar otro!”.

GEORGINA.- Estás disparatando.

NATACHA.- No. A qué engañarnos. No quiero que me elijan, quiero elegir. No te asustes de mi pretensión.

GEORGINA.- ¿No lo habías elegido tú?

NATACHA.- No. Lo había aceptado, que es diferente.

GEORGINA.- Entonces, según tú, yo no elegí a Diego, fue él...

NATACHA.- No hablemos de ti.

GEORGINA.- Sí, hablemos.

NATACHA.- ¿Lo quieres?

GEORGINA.- Sí.

NATACHA.- ¿Eres feliz?

GEORGINA.- Sí.

NATACHA.- Eso basta. Yo no sé ser como tú. Yo exijo de la vida otra cosa.

GEORGINA.- No te comprendo.

NATACHA.- Si yo no fuera rica, ninguno de mis tres novios me habría pretendido.

GEORGINA.- ¿Quieres decir que a Jorge lo guiaba el interés?

NATACHA.- No lo dudo. Es muy triste confesarlo. A nadie se lo diría si no fueras tú, mi hermana, quien me lo pregunta.

GEORGINA.- ¿Crees, entonces, que sólo la mujer hermosa puede aspirar al amor?

NATACHA.- Es muy amplia la palabra amor; matrimonio es más precisa. El amor es un resultante de la belleza.

GEORGINA.- Bella es un alma noble, un corazón generoso. No olvides que no sólo la belleza física hace a los hombres, hay bellezas morales.

NATACHA

NATACHA.- Sí. Puede que tú y yo las tengamos. Pero no se ven. ¿Y a quién he de darla? ¿Por qué, por ser fea he de renunciar a amar la belleza tal cual la siento? ¿Por qué sólo la mujer hermosa ha de elegir?

GEORGINA.- ¿Por qué renuncias a Jorge?

NATACHA.- Porque no quiero comprar a un hombre que se ofrece, porque quiero ser yo quien lo llame y le diga: “Ven; necesito tu belleza, en mí también la hay, quiero dártela”. Y que él crea en mis palabras y sea feliz haciéndome dichosa.

GEORGINA.- ¿Por qué no se lo dijiste a él?

NATACHA.- Porque yo no lo llamé, porque a él no lo traía el amor, sino el matrimonio, que significa una casa, bienestar, comodidad, dinero, una mujer que se transforme en costumbre y que no interesa.

GEORGINA.- ¿Y por qué lo aceptaste?

NATACHA.- Porque hay momentos en que la fe en nuestras convicciones flaquea, nos sentimos solas, tenemos miedo a la soledad y tentamos suerte.

GEORGINA.- ¿Y cómo sabes que Jorge no te quiere? Él asegura que...

NATACHA.- También a mí me lo ha asegurado, pero no bastan las palabras. Mira, a mí nunca me ha amado nadie, y, sin embargo, he pensado tanto en ello, que siento cómo ha de ser, lo adivino, lo presiento. Estoy viendo que la vida quiere cometer una injusticia conmigo y no estoy dispuesta a aceptarla.

GEORGINA.- Tú estás sugestionada con la idea de tu fealdad, que no es tal. No voy a decir que eres hermosa, pero no eres fea.

NATACHA.- Sí, soy eso; ni fea ni bonita, nada. Algo que no tiene importancia, que no interesa, que no llama la atención. Has acertado en la justa expresión. No. No me repliques, he observado demasiado, he aprendido a darme cuenta de todo. Yo no sé por qué Dios me dio

ARMANDO MOOCK

tanta sensibilidad, si no ha de servirme más que para hacerme daño.

GEORGINA.- No seas injusta al quejarte de la vida. No todo lo que se ambiciona se puede obtener.

NATACHA.- Cómo no he de quejarme, cuando veo que el mundo perdona todo menos la falta de belleza. Bellamente se pueden cometer todos los delitos y tener todos los defectos. ¿No recuerdas que desde pequeñas, en el colegio, sin ser más malas que las otras compañeras, recibíamos los castigos? No nos castigaban por malas, era por feas. Nunca en las fiestas de fin de año nos llamaron a tomar parte. ¿No lo recuerdas?

GEORGINA.- Tú tocabas el piano.

NATACHA.- Porque nadie me veía. ¿Y tú?

GEORGINA.- ¡Oh! ¡Yo...!

NATACHA.- Y, sin embargo, éramos ricas y podíamos lucir lindos trajes. Recuerdo que la pobre mamá se esmeraba en ponernos elegantes, y cuando creíamos que el traje lujoso nos hermoseaba, estábamos ridículas.

GEORGINA.- Exageras.

NATACHA.- ¿Y cuando fuimos mujercitas...? Cuántas declaraciones amorosas hemos escuchado a nuestro lado, porque el galán de la amiga no tuvo el escrúpulo de bajar la voz. ¡Para qué, si no éramos nadie!

GEORGINA.- Eres demasiado sensible a pequeñeces.

NATACHA.- Pequeñeces que hacen toda la felicidad y la vida de una mujer. Cuántas veces nos hemos oído compadecer: "¡Pobre Georgina! ¡Pobre Natacha! Son tan buenas". Nuestra bondad era nuestra excusa a nuestra fealdad.

GEORGINA.- Sin embargo, has olvidado que muchas veces algunos muchachos te cortejaron.

NATACHA.- Más valía que no lo hubiesen hecho. Yo nunca vi en sus ojos la llama encendida de la pasión púber, la palabra cálida y emocionada; no, era sólo la broma, el modo de distraer el tiempo mientras el compañero

NATACHA

cortejaba a la amiga nuestra; era sólo el medio de ensayar la frase que habían de repetir a una mujer hermosa.

GEORGINA.- Ésos son juegos de muchachos.

NATACHA.- Que alientan nuestra vida de mujercitas. Dime, y no mientas, ¿cuántas veces tú aguardaste el regreso del muchacho que en una fiesta pareció distinguirte y que nunca volvió?

GEORGINA.- Tienes razón.

NATACHA.- Y en el baile, al cual llegábamos con el traje nuevo, el cabello cuidado por el peluquero, primorosamente perfumadas, después de haber soñado deslizarnos por los salones llenos de luz, al compás de un vals, en los brazos de un hombre que nos sonreía hablandonos de banalidades y alentando nuestra coquetería con una frase colocada a tiempo, y luego tener que quedarnos al lado de mamá, arrinconadas, abanicándonos para disimular nuestra nerviosidad y vergüenza, aguardando toda la noche al que nunca venía, cuando no teníamos que sufrir la humillación de que el dueño de casa, o algún íntimo, nos dispensase el honor, para que no "plancháramos" miserablemente, con mal disimulada cortesía, de acompañarnos al ambigú, sin ocurrírsele preguntarnos otra cosa que la frase que nos sonaba a ironía: "¿Se divierten ustedes? Ha sido una hermosa fiesta, ¿verdad?". Todo esto tú lo has olvidado. Te casaste, has realizado la mayor y única aspiración de una mujer honrada.

GEORGINA.- Y tú no lo has hecho, no lo haces porque no quieres.

NATACHA.- Porque no puedo, porque todas las humillaciones que he sufrido no las puedo perdonar. Quiero vengarme de la vida aunque ella se siga vengando de mí. Soy orgullosa y tengo ambiciones. Cuando me di cuenta de mi fracaso, del triunfo de la belleza, a ti puedo

ARMANDO MOOCK

decártelo, puse todo mi empeño, y en juego todo mi talento y mi astucia de mujer, en ser femenina y hacerme grata a los hombres.

GEORGINA.- ¡Natacha!

NATACHA.- Sí. Es la verdad, no me avergüenzo, todas las artes de la seducción las empleé y de nada me sirvió. Traté, violentando mi carácter, de ser alegre y dicharachera. Amigas y amigos se complacían en oírme. "¡Qué buen humor tiene Natacha! ¡Qué alegre es! ¡Qué divertida!". Pero no logré llamar la atención más que por eso: por divertida. Me había transformado en un clown que tenía que reír y hablar estupideces que me dolía decir, para interesar. Fui triste y alabaron mi silencio y discreción. Llené de bordados, tejidos y pinturas la casa de mis amigas, y sólo oí decir que me preparaba para la soltería.

GEORGINA.- Dices las cosas en una forma que es exagerada.

NATACHA.- Es lo que tú crees. Te casaste tú, nos quedamos solas, y en los tres años que llevas de matrimonio he tenido tres novios. Diego y tú se pusieron en campaña para encontrarme un marido.

GEORGINA.- No. Cómo puedes decir eso. Nosotros...

NATACHA.- Es la verdad, y no te hago un reproche. No. Lejos de eso, te agradezco y puedo asegurarte que hubo un momento en que resolví casarme para librarme de mi inquietante soltería. Renunciaba a mi sueño de conquistar al hombre que yo eligiera y me dispuse a conquistar al hombre que me habían elegido.

GEORGINA.- Consultando tu felicidad y bienestar.

NATACHA.- Pero ellos no contaban con mi suspicacia ni con mi deseo de amor y ternura que yo siento. Venían como a terreno conquistado y yo estaba leyendo en sus ojos estos pensamientos: "Yo valgo más que ella. Es fea, pero tiene dinero y me conviene. Será una buena esposa, paciente y resignada".

NATACHA

GEORGINA.- Cómo puedes pensar así.

NATACHA.- Yo no. Eran ellos los que así pensaban. Y mientras yo ponía toda mi ternura, mi cariño, mi abnegación, mi bondad y mi corazón en conquistarlos, en hacerles comprender toda la belleza moral que había detrás de mi rostro feo, ellos se empeñaban en no ver; ciegos ante el brillo del dinero, no veían mi corazón.

GEORGINA.- No puede ser eso, Natacha.

NATACHA.- Ciegos, te digo; y no hay mayor ofensa que ésa para una mujer sensible y honesta. Jorge tomaba entre las suyas mis manos blancas y cuidadas para acariciarlas, y terminaba por acariciar las joyas que estaban en mis dedos.

GEORGINA.- ¡Oh! ¡Eres loca!

NATACHA.- No. Lo sentía y helaba mi corazón. Cuando ponía mi voz grata y dulce y le hablaba tiernamente, diciendo cosas hermosas, empezaba por mirarme para ver salir las voces de mi garganta y contemplar la línea de mi cuello, y terminaba contando mentalmente las perlas de mi collar.

GEORGINA.- Te engañas, Natacha, te engañas.

NATACHA.- Sí. Venían ciegos, nada en mí les interesaba, mi rostro no lo miraban por feo y mi alma no la querían mirar. Es horrible, Georgina, es una tragedia, por eso he renunciado al matrimonio. No. No quiero casarme. Los únicos hombres que no miran mi rostro y que sienten mi alma, porque yo siento la de ellos, son éstos que se fueron dejando la pureza de su espíritu en estas páginas. Schubert, Mozart, Liszt, Bach, Wagner, Beethoven, todos en su belleza se dejan querer, y yo los quiero y los oigo y me oyen.

GEORGINA.- Te has dejado suggestionar con estas ideas y quieres renunciar a la felicidad.

NATACHA.- ¿Tú eres feliz?

GEORGINA.- Sí.

NATACHA.- Yo no podría serlo en el caso tuyo.

La casa de Bernarda Alba (Federico García Lorca)

Síntesis

A la muerte de su marido, Bernarda impone a sus hijas un luto riguroso de 8 años. Tan riguroso que ni siquiera podrán salir de casa, frustrando así las necesidades de sus cuatro hijas, "en edad de merecer". Angustias hereda una fortuna y atrae a un pretendiente, Pepe el Romano. Pero Adela la rebelde está enamorada de Pepe.

La aparición de este personaje desencadena una serie de acontecimientos que degenera en una confrontación entre la madre y las hijas y sobre todo entre éstas últimas. La Poncia, antigua empleada de la casa, sabe que Adela se ve con Pepe el Romano a escondidas. A Martirio le gusta también. Poncia trata de advertir a la señora sobre las consecuencias de una disciplina tan rígida. Pero Bernarda rechaza todas las críticas; primero para no perder su aparente seguridad y, segundo, porque no puede aceptar consejos de una persona que está a su servicio.

Mientras que Angustias empieza a tener dudas, Bernarda comprende todo. Coge la escopeta y dispara a Pepe el Romano. Adela se encierra en una habitación y acaba suicidándose. Bernarda dice que Adela se murió virgen para guardar apariencias, y exige silencio, como en el comienzo de la obra: "¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!".

Escena

Niña, dame el abanico.

ADELA.- Tome usted. (Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes.)

BERNARDA.- (Arrojando el abanico al suelo.) ¿Es éste el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.

MARTIRIO.- Tome usted el mío.

BERNARDA.- ¿Y tú?

MARTIRIO.- Yo no tengo calor.

BERNARDA.- Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordar el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

MAGDALENA.- Lo mismo me da.

ADELA.- (Agría.) Si no quieres bordarlas, irán sin bordados. Así las tuyas lucirán más.

MAGDALENA.- Ni las mías ni las vuestras. Sé que yo no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

BERNARDA.- Eso tiene ser mujer.

MAGDALENA.- Malditas sean las mujeres.

BERNARDA.- Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.

(Sale ADELA.)

VOZ.- ¡Bernarda! ¡Déjame salir!

BERNARDA.- (En voz alta.) ¡Dejadla ya!

(Sale la CRIADA.)

CRIADA.- Me ha costado mucho sujetarla. A pesar de sus ochenta años, tu madre es fuerte como un roble.

BERNARDA.- Tiene a quién parecerse. Mi abuelo fue igual.

CRIADA.- Tuve durante el duelo que taparle varias veces la boca con un costal vacío porque quería llamarte para que le dieras agua de fregar siquiera, para beber, y carne de perro, que es lo que ella dice que tú le das.

MARTIRIO.- ¡Tiene mala intención!

BERNARDA.- (A la CRIADA.) Dejadla que se desahogue en el patio.

CRIADA.- Ha sacado del cofre sus anillos y los pendientes de amatista; se los ha puesto, y me ha dicho que se quiere casar.

(Las HIJAS ríen.)

BERNARDA.- Ve con ella y ten cuidado que no se acerque al pozo.

CRIADA.- No tengas miedo que se tire.

BERNARDA.- No es por eso... Pero desde aquel sitio las vecinas pueden verla desde su ventana.

(Sale la CRIADA.)

MARTIRIO.- Nos vamos a cambiar de ropa.

BERNARDA.- Sí, pero no el pañuelo de la cabeza.

(Entra ADELA.)

¿Y Angustias?

ADELA.- (Con intención.) La he visto asomada a las rendijas del portón. Los hombres se acaban de ir.

BERNARDA.- ¿Y tú a qué fuiste también al portón?

ADELA.- Me llegué a ver si habían puesto las gallinas.

BERNARDA.- ¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

ADELA.- (Con intención.) Todavía estaba un grupo parado por fuera.

BERNARDA.- (Furiosa.) ¡Angustias! ¡Angustias!

ANGUSTIAS.- (Entrando.) ¿Qué manda usted?

BERNARDA.- ¿Qué mirabas y a quién?

ANGUSTIAS.- A nadie.

BERNARDA.- ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

(Pausa.)

ANGUSTIAS.- Yo...

BERNARDA.- ¡Tú!

ANGUSTIAS.- ¡A nadie!

BERNARDA.- (Avanzando y golpeándola.) ¡Suave! ¡Dulzarrona!

LA PONCIA.- (Corriendo.) ¡Bernarda, cálmate! (La sujeta.)

(ANGUSTIAS llora.)

BERNARDA.- ¡Fuera de aquí todas!

(Salen.)

ANGUSTIAS.- Yo...

BERNARDA.- ¡Tú!

ANGUSTIAS.- ¡A nadie!

BERNARDA.- (Avanzando y golpeándola.) ¡Suave! ¡Dulzarrona!

LA PONCIA.- (Corriendo.) ¡Bernarda, cálmate! (La sujeta.)

(ANGUSTIAS llora.)

BERNARDA.- ¡Fuera de aquí todas!

(Salen.)

LA PONCIA.- Ella lo ha hecho sin dar alcance a lo que hacía, que está francamente mal. Ya me chocó a mí verla escabullirse hacia el patio. Luego estuvo detrás de una ventana oyendo la conversación que traían los hombres, que, como siempre, no se puede oír.

BERNARDA.- A eso vienen a los duelos. (Con curiosidad.) ¿De qué hablaban?

LA PONCIA.- Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron en la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

BERNARDA.- ¿Y ella?

LA PONCIA.- Ella, tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

BERNARDA.- ¿Y qué pasó?

LA PONCIA.- Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

BERNARDA.- Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

LA PONCIA.- Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forasteros. Los hombres de aquí no son capaces de eso.

BERNARDA.- No; pero les gusta verlo y comentarlo y se chupan los dedos de que esto ocurra.

LA PONCIA.- Contaban muchas cosas más.

BERNARDA.- (Mirando a un lado y otro con cierto temor.) ¿Cuáles?

LA PONCIA.- Me da vergüenza referirlas.

BERNARDA.- ¿Y mi hija las oyó?

LA PONCIA.- ¡Claro!

BERNARDA.- Ésa sale a sus tías; blancas y untuosas y que ponían los ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

LA PONCIA.- ¡Es que tus hijas están ya en edad de merecer! Demasiada poca guerra te dan. Angustias ya debe tener mucho más de los treinta.

BERNARDA.- Treinta y nueve justos.

LA PONCIA.- Figúrate. Y no ha tenido nunca novio...

BERNARDA.- (Furiosa.) ¡No ha tenido novio ninguna ni les hace falta! Pueden pasarse muy bien.

LA PONCIA.- No he querido ofenderte.

BERNARDA.- No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?

LA PONCIA.- Debías irte a otro pueblo.

BERNARDA.- Eso. ¡A venderlas!

LA PONCIA.- No, Bernarda, a cambiar... Claro que en otros sitios ellas resultan las pobres.

BERNARDA.- ¡Calla esa lengua atormentadora!

LA PONCIA.- Contigo no se puede hablar. ¿Tenemos o no tenemos confianza?

BERNARDA.- No tenemos. Me sirves y te pago. ¡Nada más!

CRIADA.- (Entrando.) Ahí está don Arturo, que viene a arreglar las particiones.

BERNARDA.- Vamos. (A la CRIADA.) Tú empiezas a blanquear el patio. (A LA PONCIA.) Y tú ve guardando en el arca grande toda la ropa del muerto.

LA PONCIA.- Algunas cosas las podíamos dar.

BERNARDA.- Nada, ¡ni un botón! Ni el pañuelo con que le hemos tapado la cara. (Sale lentamente y al salir vuelve la cabeza y mira a sus CRIADAS.)

(Las CRIADAS salen después. Entran AMELIA y MARTIRIO.)

AMELIA.- ¿Has tomado la medicina?

MARTIRIO.- ¡Para lo que me va a servir!

AMELIA.- Pero la has tomado.

MARTIRIO.- Yo hago las cosas sin fe, pero como un reloj.

AMELIA.- Desde que vino el médico nuevo estás más animada.

MARTIRIO.- Yo me siento lo mismo.

AMELIA.- ¿Te fijaste? Adelaida no estuvo en el duelo.

MARTIRIO.- Ya lo sabía. Su novio no la deja salir ni al tranco de la calle. Antes era alegre; ahora ni polvos se echa en la cara.

AMELIA.- Ya no sabe una si es mejor tener novio o no.

MARTIRIO.- Es lo mismo.

AMELIA.- De todo tiene la culpa esta crítica que no nos deja vivir. Adelaida habrá pasado mal rato.

MARTIRIO.- Le tiene miedo a nuestra madre. Es la única que conoce la historia de su padre y el origen de sus tierras. Siempre que viene le tira puñaladas en el asunto. Su padre mató en Cuba al marido de su primera mujer para casarse con ella. Luego aquí la abandonó y se fue con otra que tenía una hija y luego tuvo relaciones con esta muchacha, la madre de Adelaida, y se casó con ella después de haber muerto loca la segunda mujer.

AMELIA.- Y ese infame, ¿por qué no está en la cárcel?

MARTIRIO.- Porque los hombres se tapan unos a otros las cosas de esta índole y nadie es capaz de delatar.

AMELIA.- Pero Adelaida no tiene culpa de esto.

MARTIRIO.- No. Pero las cosas se repiten. Yo veo que todo es una terrible repetición. Y ella tiene el mismo sino de su madre y de su abuela, mujeres las dos del que la engendró.

AMELIA.- ¡Qué cosa más grande!

MARTIRIO.- Es preferible no ver a un hombre nunca. Desde niña les tuve miedo. Los veía en el corral uncir los bueyes y levantar los costales de trigo entre voces y zapatazos y siempre tuve miedo de crecer por temor de encontrarme de pronto abrazada por ellos. Dios me ha hecho débil y fea y los ha apartado definitivamente de mí.

AMELIA.- ¡Eso no digas! Enrique Humanas estuvo detrás de ti y le gustabas.

MARTIRIO.- ¡Invenciones de la gente! Una vez estuve en camisa detrás de la ventana hasta que fue de día porque me avisó con la hija de su gañán que iba a venir y no vino. Fue todo cosa de lenguas. Luego se casó con otra que tenía más que yo.

AMELIA.- ¡Y fea como un demonio!

MARTIRIO.- ¡Qué les importa a ellos la fealdad! A ellos les importa la tierra, las yuntas, y una perra sumisa que les dé de comer.



La leyenda de las tres pascualas (Isidora Aguirre).

Síntesis

A una hacienda en la que escasea la mano de obra llega el Forastero, quien se dedica conquistar una por una a las tres mujeres protagonistas: Elvira, la madre casada con un hombre viejo y enfermo que morirá pronto (fallece durante la primera parte del drama), se cansará luego de su vida aburrida y se dejará conquistar por este hombre misterioso y muy macho; a su vez, su hermana Úrsula, la “muda”, que sufrió un fuerte desengaño amoroso cuando su hermana le quitó al hombre a quien quería, ya de mujer mayor, aunque sin experiencia y sin esperanzas, irá a convertirse en la solterona violada porque hasta cierto punto le gustó la experiencia y, además, no opuso resistencia. Por último, está Catalina, la niña quinceañera, quien quiere escaparse de esa prisión que es su pueblo, convirtiendo su vida en un cuento de hadas -casándose con el Forastero y viajando por el mundo. Una por una serán desengañadas y encontrarán consuelo ahogándose en las aguas de la laguna.

y su guitarra escarlata
solita se iba tocando.

Salen todos

Anochece.

Entran, sector jardín, Mañuca y Carmela, doblando unas sábanas con tres dobleces, acercándose y alejándose cada vez, (pequeña coreografía) cruzando la escena en diagonal.

CARMELA: ¡Dígame usted! Todo el día afanadas con estas sábanas ¡quién iba a pensar que serían para él!

MAÑUCA: No traje caballo ni coche ¡de a pié no se iba a ir!

CARMELA: Esperó la noche de intención ¡no vaya a ser un maleante!

MAÑUCA: En el habla y en el vestir, se ve que tiene educación.

CARMELA: Si parece el mismito arcángel San «Grabiél»... Pero ¿no le halla en los ojos, un brillo como de Lucifer?

MAÑUCA: *(Saliendo ambas con las sábanas ya terminadas de doblar)* En toda persona, hay mal... y hay bien.

Entra el forastero.

Lo sigue Elvira. Trae guitarra y le canta un romance, (estilo español antiguo).

FORASTERO: Soy el vendedor de sueños

dime si quieres comprar

que es muy pobre la doncella

sin romances que soñar.

Si precisas medicina

yo te he de medicinar

el amor es agua viva

sólo tienes que probar.

ELVIRA: *(Visiblemente emocionada, tratando de disimularlo)* ¿Qué lo trajo a estas soledades?

FORASTERO: Los caminos que traen y llevan. A orillas de la laguna perdí el rumbo. Dicen los del lugar que atrae a los forasteros y no los deja ir.

Saca de su morral, unas mariposas para enseñarlas a Elvira: mientras ella las observa, se proyectan en luces de colores.

ELVIRA: Mariposas... ¡Nunca las vi tan bellas! ¿Para qué las buscas?

FORASTERO: Por verlas... *(Al mostrarle una, la toma por el talle en gesto de galantería. Ella, turbada lo deja hacer)* Observe sus alas: negro azabache con dos gotas de miel... filigranas de

lapislázuli... ¿Sabía que nunca se repite el mismo dibujo en las alas de las mariposas?

ELVIRA: *(Hechizada por el forastero)* No... No lo sabía... Usted parece saber muchas cosas. ¿Cuál es su oficio?

FORASTERO: ¿Cuál le gusta?

ELVIRA: *(Siguiendo su juego)* Caminante, peregrino, cazador de mariposas...

FORASTERO: O charlatán de pueblo, de los que venden ungüentos para curar «el mal de ojo».

ELVIRA: Y usted ¿qué vende?

FORASTERO: Lo que me quieran comprar. *(Le acaricia suavemente el rostro)* Perdón: vi la piel tan fina, que la quise tocar... *(La besa en los labios).*

ELVIRA: *(Retirándose con pudor)* No debió.

Arriba el duende, burlón, agita la campanilla, alude a la llamada del marido. Elvira reacciona, como saliendo del hechizo.

ELVIRA: ¡Dios me perdone! *(Sale, huyendo del forastero).*

Por el otro extremo, se retira el Forastero.

Arriba, en el entarimado, la Muchacha del Coro y los duendes cantan, haciendo burla a la pareja, la última estrofa del romance.

LA MUCHACHA: Beso de amor no es pecado

buenos son de recordar.

Pero una deuda le ha dejado

¡que es la de nunca olvidar!

Se desata una atmósfera onírica, la escena queda bañada en una intensa luz lunar.

LA MUCHACHA: Arriba, recitan las dos comadres y recitan en coro.

Es noche entrada en la casa

y nadie logra dormir

sueños que la Grande sueña

¡la de Enmedio alcanza a oír!

Entra Ursula en camisón de noche. Se acerca a Elvira que se ha tendido. Como en su cama, sobre una piel. Ursula trae un candelabro con tres velas encendidas.

Elvira se incorpora.

ELVIRA: Ah, eres tú... Sí, estoy desvelada. La luna llena no me deja dormir. La noche está clara y perfuma fuerte el jazmín... ¿Qué me miras? ¿Los ojos? Es la llama del cirio, la que los hace relumbrar. *(Toma el candelabro y lo acerca al rostro de Ursula)* También tus ojos, hermana, están encendidos. *(Ante un gesto de la Muda)* Sí, pequé. De un beso que él me dio. *(Ursula retrocede, escandalizada)* Ah ¿no lo viste? Pues ¡ya lo sabes! *(La muda retrocede y se pierde entre las sombras).*

Arriba, las comadres que han permanecidos quietas, comentan.

COMADRE 1: Y caminan por la casa, y caminan por el jardín.

COMADRE 2: La pequeña anda dormida, o fingiendo su dormir...

Entra Catalina; camina como una sonámbula, con su camisón blanco. Carmela cruza el patio y avisa a Elvira.

CARMELA: Misia Elvira... ¡la niña!

ELVIRA: Sht... No hay que hablarles cuando andan así...

CARMELA: Dejaría la ventana abierta y la tocó un rayo de luna: eso llama al durmiente a caminar. *(Elvira hace salir a Carmela con el gesto. Se queda quieta, observando a Catalina).*

Catalina se detiene y acaricia a un hombre imaginario. Luego se echa sobre el escaño, la cabeza colgando como antes cuando mimaba el suplicio de la santa.

CATALINA: La despojan de sus ropas... ¡y la besan hasta sangrar!

ELVIRA: *(Rozándola con su mano)* Hija...

CATALINA: *(Incorporándose)* Caminaba sobre las aguas, como Santa Catalina.

ELVIRA: Ese libro de los mártires te perturba el sueño.

CATALINA: ... y entonces, vino hacia mí el Arcángel ¡y me besó!

ELVIRA: ¿El Arcángel?

CATALINA: No: el Forastero. *(Desafiante)* ¡Vino por mí!

ELVIRA: Qué cosas se te ocurren, hija...

CATALINA: ¿Y si no, por quién? Tú estás casada y la tía quiere ser mártir.

ELVIRA: Cúbrete, Catalina, la noche está fresca.

CATALINA: Eres tú la que está temblando. ¿Es por el forastero?

ELVIRA: ¡No! *(Pausa)* Sí. Por un recuerdo que me trajo. Hace mucho... tendría yo tu edad, pasó uno como él.

CATALINA: Cuenta, mamacita, ¿qué hizo? ¿Qué habló?

ELVIRA: Cantó una romanza: «El vendedor de sueños». Me enseñó unas mariposas que halló en la laguna... ¡tan bella!

CATALINA: ¡Luego te besó!

ELVIRA: *(Con reproche)* ¡Catalina!

CATALINA: ¡Y éste me ha de besar a mí!

ELVIRA: ¡Calla!

CATALINA: Pero mamá ¡algún día tengo que conocer el amor!

ELVIRA: No con él.

CATALINA: ¿Por qué no?

ELVIRA: *(Exasperada)* ¡Vete a dormir!

CATALINA: *(Mientras va retrocediendo hasta salir por parte en sombra)* ¿Cómo? Si la noche está con luz y hay un olor tan fuerte a jazmín.

Junto con salir Catalina, entra Mañuca. Se queda a espaldas de Elvira. Ella siente su presencia.

ELVIRA: ¿Qué pasa ahora? ¿Es que nadie duerme en esta casa? ¿También tú andas oliendo el jazmín? *(Se recuesta)* Perdona, vieja.

MAÑUCA: ¿Por qué le gritó a la niña?

ELVIRA: ¡Qué sé yo! Sentí celos.

MAÑUCA: ¡Válgame Dios! ¿De su hija?

ELVIRA: ¡Quién tuviera sus años sin ataduras, y su cuerpo gracioso!

MAÑUCA: ¿Qué le hizo ese hombre, niña Elvira?

ELVIRA: Me besó, mama. Y le respondí.

MAÑUCA: ¡Hágale la cruz! El que vaga sin rumbo, señal que no tiene bienes que cuidar. No sea que los busque en corral ajeno.

ELVIRA: ¿Crees que hice mal?

MAÑUCA: No se alarme; ¡un beso es poco y ná! Aunque esté casada, se arregla con una confesión.

ELVIRA: ¿Y si no hay arrepentimiento?

MAÑUCA: Ya le vendrá. La noche se presta a engaño. Cuando aclare y se vaya el forastero...

ELVIRA: ¡No... no se irá! Tú misma dices que el trabajo del campo no es cosa de mujer. Falta aquí un hombre, por el respeto.

MAÑUCA: *(Con aspavientos)* ¡A un forastero habían de respetar!

ELVIRA: Le hablaré de los lavaderos, mama. En tiempos del abuelo, sacaban pepas de oro, grandes ¡así! Tú sabes que es verdad.

MAÑUCA: Estamos bien sin el oro, niña. Y sin el forastero... Si la ven con hombre joven, van a murmurar.

ELVIRA: No importa lo que hablen, importa lo que hay.

MAÑUCA: ¿Y si algo hubiera? *(Un silencio)* ¿No es amor lo que siente?

ELVIRA: *(Alterada)* ¡Amor!... ¡no tenías que pronunciar la palabra! *(Se deja caer al lecho)* Ahora la palabra está dicha y no podré renunciar.

MAÑUCA: Santo Dios ¡al forastero?

ELVIRA: No. Al amor que siento... ¡Al menos tendré para mis sueños!

MAÑUCA: (*Sentándose junto a ella, la acaricia*) Ay, los sueños... se van hilando, como tejido en el telar. Mucho abultan, pero de pesar... ¡no pesan ná! Y un hambriento, con mascar aire, no se va a contentar. ¡Cúidese de los sueños, niña Elvira!

ELVIRA: Curan de la soledad.

MAÑUCA: ¡Ahora sí! ¿Cuándo estuvo sola?

ELVIRA: Me besó, mama, y supe que era ése mi mal.

MAÑUCA: Está «disfareando»...

ELVIRA: ¿Nunca te despiertas, vieja, en esa hora blanca que no es la noche ni es el día, y empiezas a hacerte preguntas que no atinas a contestar?

MAÑUCA: ¡Jesús! Duermo como un tronco. Será de pura ignorante, digo yo.

ELVIRA: El amor da felicidad, aunque renuncies a vivirlo. (*Con temor*) ¿Crees que tendré fuerzas para renunciar?

MAÑUCA: (*Riendo*) ¡Se han visto muertos cargando adobes!

ELVIRA: En serio, mama.

MAÑUCA: Bueno, que si Dios manda tentación, también ha de mandar fortaleza.

ELVIRA: Cierto. El mismo amor da fuerzas.

MAÑUCA: Cuidado... El amor es duende muy mañoso. Se cuela, sin un ruido, y se apodera del cristiano y lo deja hablando solo! Y como él es dueño, y él manda, el que lo sufre, aunque le duela, no lo sabe echar.

ELVIRA: Dices bien: apenas empieza y ya no lo quiero perder!... Es milagroso, mama. Pero no temas, me sabré cuidar. Me contentaré con verlo... con oírlo hablar.

MAÑUCA: Teniéndolo tan cerca ¿cree que con tan poquito se va a contentar?

ELVIRA: No tengo derecho a más. (*Se recuesta, Mañuca la acomoda una manta para dormir, se incorpora*) Mañuca... no puedo engañarme: ¡hay algo que me empieza a faltar!... Que él me quiera. Y algo más ¡que me lo venga a decir!

MAÑUCA: ¡Jesús... casi ná! Perdona, si soy intrusa, pero se me hace que lo que él siente ¡no es tan milagroso! Duerma, Niña Elvira, duerma ya... Quizá soñando, lo tendrá... Dios le dé muy buenas noches. (*Se retira en puntillas*).

Música suave

Se alterna el día y la noche: luz y sombra mientras un actor del coro, arriba hace girar el challanco, con su cara de sol dorada y la luna de plata. Mientras tanto los del Coro situados en los extremos, arriba, se saludan unos a otros.

UNO DEL CORO: -Buenos días les dé Dios

-Y buenas noches.

-Buenos días... Buenas noches.

-Detrás de aquel cerro asoma el sol.

-Al corral mis corderos, que oscureció.

-Al campo, a ramonear, que ya muestra su cara el sol.

-Señora Luna, muestra tu cara manchada, que en ella se ve retratada, la Virgen con el niño, montados en el borriquito.

-Buenos días, buenas noches

-La luna se adelgaza, el verano se enfría...

CORO: ¡Y la noche va pariendo sus mañanas,
hasta enterar una semana!

Luz de mediodía.

Se escucha un rumor de gallinas picoteando el grano.

Arriba, las dos comadres y la muchacha del Coro, que llevan chales del color de las gallinas que, abajo, nombran en su diálogo Mañuca y Carmela (la negra, la castellana y la colorada), se desplazan con sus murmuraciones en voz baja, como si fueran ellas las gallinas. Luego entra un campesino del coro, con espuelas y les hace la rueda, imitando al gallo, como en un paso de cueca.

En esta escena, el Coro actúa como «caja de resonancia» de lo que ocurre abajo: Mañuca y Carmela, dando maíz a unas gallinas imaginarias, mientras comentan lo le está ocurriendo a las Pascuas con la venida del Forastero.

CARMELA: (*Como si lanzara maíz de su delantal recogido a unas gallinas*) Tiquitiquití... tiquití...

¿Ha visto, señora Mañuca? Toditas las tardes van los dos a la laguna... ¿Qué será lo que hacen, digo yo?

MAÑUCA: (*Dando maíz*) Tiquitiquití. No sea murmuradora. Tendrán mucho que hablar.

CARMELA: ¿Y de qué, dígame usted, horas y horas?

MAÑUCA: El parece hombre sabido...

CARMELA: Y más que «sabido», digo yo. Tiquitiquití...

MAÑUCA: Espánteme a la gallina negra que le anda pisando los pollos a la colorada.

CARMELA: (*Simula corretearla*) ¡Sale pa' allá! (*Arriba se alborotan las comadres*) Parece que la castellana anda clueca.

MAÑUCA: Agárrela, entonces, para echarla a empollar.

CARMELA: (*Deja de dar maíz. Sería*) Señora Mañuca ¿no las halla, a las tres, muy alborotadas?

MAÑUCA: Tener un forastero en la casa es mucha novedad.

CARMELA: Eso ¡y algo más! Tiquitiquití, tiquitiqui...

MAÑUCA: *(Al viejo Antonio que entra)* Correteé al gallo, don Antonio.

ANTONIO: ¡Te fuiste, miércoles! ¡Qué tenís que andar revolviendo el gallinero!

Arriba sale el campesino que había entrado. Las comadres se inclinan para escuchar lo que se habla abajo.

CARMELA: Oiga ¿no pensará irse el forastero?

MAÑUCA: ¡Qué tanto se preocupa!

Ahora se sientan a desgranar maíz en extremo delantero quedando despejada la parte baja del escenario.

CARMELA: Dicen que ese hombre codicia el oro... Y las tierras. Digo yo, será donde lo han visto «hacerle» la rueda a la patrona.

MAÑUCA: ¡Qué tiene que ver!

CARMELA: Mucho, siendo el patrón tan viejo. Ligerito deja a misia Elvira viuda y dueña de aquí.

MAÑUCA: ¡Que en todo vean mala intención!

CARMELA: Es que él la mira mucho... ¡y a él lo miran las tres! *(Por un costado entra Ursula con un traje antiguo de larga cola y simula mirarse ante un espejo)* Mire la Muda: se está bordando un traje de fiesta... Tanta elegancia de un repente ¡para quién será, digo yo?

Sale Ursula y entra Catalina, viene estudiando, con un libro, y trae una mariposa en su mano.

CARMELA: ¡Buena cosa! A la niña Catalina nunca le llamaron la atención las mariposas... Yo digo que él la «embolisó».

MAÑUCA: *(Preocupada, mirando hacia las comadres que espían arriba)* Estése callada, Carmela. *(Hacia las del coro)* ¿Se les ofrecía algo, comadres?

Las dos comadres y la muchacha se retiran.

CARMELA: Oiga, parece que la muda anda celosa. No es primera vez que, en cosa de hombre, la patrona se le adelanta.

MAÑUCA: ¿De qué está hablando?

CARMELA: Dicen que cuando el patrón vino a comprarle estas tierras al abuelo, el finado don Pascual, de primera se fijó en misia Ursulita. Pero misia Elvira se le puso por delante, hasta que se lo quitó.

MAÑUCA: ¡Vaya con la manerita de contar las cosas! Ciertamente el caballero al ver a la niña Elvira

tan alegre de carácter, cambió de parecer. Y si concertaron luego el matrimonio, fue para que estas tierras de la laguna quedaran en la familia, que, de perderlas, se hubiera muerto el abuelo Pascual.

CARMELA: ¿No ve, pues? Talmente ocurrió. La doña le quitó el marido y quedó dueña de la propiedad.

MAÑUCA: No fue así.

CARMELA: ¿Es mentira, entonces?

MAÑUCA: *(Suspira, pausa)* Ni verdad ni mentira. Pasa que en los actos del cristiano a veces entran a mediar dos intenciones: y es bueno o malo, según lo quieran contar.

CARMELA: Cuando el día de la boda, cayó al barranco misia Ursula ¿no fue acaso para quitarse la vida de puro despechada?

MAÑUCA: «Agora» sí. Accidente fue.

CARMELA: Pero ¡no volvió a hablar! Y dicen que es para representarle a su hermana la maldad que hizo con ella.

MAÑUCA: No crea habladurías, Carmela. Enmudeció del susto que se llevó. Fue milagro que salvara... Es como un espanto que sufre la persona.

CARMELA: *(Confidencialmente)* No habla porque no quiere: ¡clarito la «oyí» hablando en sueños!...

MAÑUCA: *(Levantándose para poner fin a la charla)* Si la oyó, guárdese para usted. Vamos a mirar el dulce, que tengo los membrillos hirviendo en la paila.

Salen ambas.

Música incidental de guitarra.

Entran las Tres Pascualas.

Elvira trae el morral del Forastero, que acaricia, soñadora. Catalina con su libro y la mariposa, Ursula con su vestido de terciopelo rojo con larga cola en actitud de mirarse a un espejo. Permanecen las tres inmóviles, mientras arriba los del Coro, cantan y bailan una «sajuriana».

CORO: Cuando se llegará el día
que «el Palomo» se decida.
Esperando, las palomas
tienen el alma afligida.

Refrán bailado entre cada estrofa.

Romerillo verde.
morada la flor
a los imposibles
los vence el amor (bis)



Pobrecita la de Enmedio
la voz vuelta para adentro
navegando entre los sueños
el alma fuera' e su centro.

Pobrecita la Pequeña,
aprendiendo está el amor:
¡lástima de amor de niña
que se aprende con dolor!

Esperando desespera
pobrecita la Mayor,
lo que siente su Palomo
aún no sabe si es amor.

El Palomo está mirando
a las tres quiere tomar
no saben las tres palomas
que el Palomo es gavilán...

Romerillo verde...etc.
*Salen los del Coro.
Retoma la acción abajo*

CATALINA: (*Lee*) Las mariposas no nacen con alas, sino en forma de orugas... (*Ve a Elvira*)
Mamacita ¿sabías que las mariposas no nacen con alas? Esta me la dio él. Me llevará a los
árboles de morera para enseñarme cómo salen del capullo. (*Embelesada*) Me tendrá que
alzar en sus brazos... y me va a besar. Entonces ¡se tendrá que casar conmigo!

ELVIRA: Deja ya de hablar tonterías.

CATALINA: Le pediré prestado el vestido de novia a mi tía: ya lo terminó de bordar.

ELVIRA: ¿Vestido de novia?

CATALINA: ¡Mírala! Cortó la falda en las cortinas de terciopelo que guardabas en el baúl. Se lo
está probando ante el espejo.

ELVIRA: ¡Ursula! (*Ursula escapa*) Dios mío ¡está loca! Las dos están locas. Y no es vestido de novia.

CATALINA: Lo copió del que lleva su santa, Santa Ursula, cuando va a desposarse con el príncipe.
La pintan en un barquito muy pequeño, navegando con las once mil vírgenes. ¿Qué es

ser «virgen», mamá? (*Elvira, absorta en sus ideas no responde*) Mamá ¿qué quiere decir
«lujuria»?

ELVIRA: Catalina; ese libro de los mártires no es lectura para tu edad. (*Pausa. La observa*) Mira
cómo andas... ese pelo sin peinar... ¡descalza y dando brinco como animalito salvaje! Compór-
tate, Catalina. Ya no eres una niña.

CATALINA: (*Danzando y cantando*) Ya no soy una niña... ya no soy una niña... entonces ¡estoy
en edad de casarme! Pin pon pon la le re... la de ri de rá... (*Sale con pasos de baile*).

Entra Mañuca trayendo una cuchara grande de palo.

MAÑUCA: ¿Qué pasa, misia Elvirita?

ELVIRA: Eso quisiera saber, Mañuca. ¿Viste el traje de mi hermana?

MAÑUCA: Pobrecita. En algo tiene que entretenerse. Total, usted, esas cortinas ya no las iba a
ocupar.

ELVIRA: Sabes que no lo digo por las cortinas... ¿Para qué el vestido? Y Catalina ¡sólo habla de
casarse!

MAÑUCA: Cada edad tiene lo suyo.

ELVIRA: De casarse «con él».

MAÑUCA: La niña Catalina ni siquiera sabe cómo vienen las criaturas al mundo... ¿Por qué no le
habla usted, niña Elvira? No sea que aprenda las cosas de mala manera. Hay tanta maldad
en los hombres. Más cuando ven la inocencia.

ELVIRA: ¿Lo dices «por él», Mañuca?

MAÑUCA: También es hombre, niña Elvira... Bueno, que venía a buscarla para que pruebe el
dulce, está hirviendo en la paila y me parece que está a punto.

Salen ambas.

*Las dos comadres que han entrado arriba, bajan trayendo un pequeño brasero y hierbas para
hacer un sahumerio.*

COMADRE 1: Ese hombre tiene pacto: llegó con canto de chonchón.

COMADRE 2: Malos vientos lo trajeron, mal presagio lo anunció.

COMADRE 1: Hagamos el sahumerio de yerbas, comadre, para pedir que se vaya de aquí.

Sale humo del brasero y ellas recitan en coro:

CORO: Romero bendito
de Dios consagrado
que entre lo bueno
que salga lo malo.

ANEXO 3:

ACTIVIDAD. Completa el siguiente cuadro con la información que se solicita acerca del contexto de producción de la obra dramática que e correspondió a tu grupo.



Comienza tu búsqueda por los siguientes sitios sugeridos. Privilegia aquellos sitios web pertenecientes a instituciones educativas sin fines de lucro cuyos responsables estén identificados.



Descarta información proveniente de páginas web con publicidad o cuya información contenga errores, ya sea de contenido u ortográficos.

OBRA:.....

Contexto de producción	Información	Fuentes
Biografía del autor: experiencias de vida que lo marcaron.		Institución: Enlace (url):
Acontecimientos históricos relevantes (hitos sociales, históricos o económicos) de la época en que vivió.		Institución: Enlace (url):
Ideologías de la época: sociales, políticas, artísticas, culturales, filosóficas y religiosas.		Institución: Enlace (url):
Momento cultural: movimientos artísticos o literarios que coexisten en la época. ¿A cuál pertenece el autor?		Institución: Enlace (url):
Costumbres y hábitos de la época.		Institución: Enlace (url):

ANEXO 4:

ACTIVIDAD. Completa el siguiente árbol de ideas con los cambios que incorporarán a los personajes (psicológicos, motivaciones o acciones) en su versión de la escena dramática que les correspondió.

Cuando esté listo, revísalo junto a tu profesor para poder comenzar a escribir el primer borrador.



ANEXO 5:

ACTIVIDAD. Completen el siguiente cuadro para planificar el montaje de tu escena dramática. Cuando esté listo, entreguen uno al profesor y conserven una copia. No olviden que cada actor es responsable de procurarse su vestuario, maquillaje y accesorios. Para los demás elementos (escenografía y sonido), deberán asignar a los integrantes del grupo que serán responsables de conseguirlos o fabricarlos.

Nombre estudiante:				
Personaje:				
Caracterización de la voz.				
Caracterización corporal.				
Vestuario				
Maquillaje				
Accesorios				
Elementos escenográficos.				
Materiales necesarios/estudiantes responsables				
Efectos de sonido..				
Implementos necesarios/estudiantes responsables				

ANEXO 6:

PAUTA DE CORRECCIÓN PARA LA EVALUACIÓN GRUPAL DE LA INVESTIGACIÓN, PLANIFICACIÓN, ESCRITURA, PREPARACIÓN Y MONTAJE DE UNA ESCENA DRAMÁTICA

CRITERIOS	INDICADORES	PUNTAJE IDEAL	PUNTAJE OBTENIDO
INVESTIGACIÓN	Los estudiantes investigan en fuentes confiables de Internet.....1 Reorganizan la información del contexto de producción de la obra dramática en un cuadro resumen.....1 Respetan el reglamento de uso del laboratorio de computación.....1	3	
PLANIFICACIÓN DE LA ESCRITURA	Los estudiantes planifican la producción de un escena dramática mediante un organizador gráfico.....2 Producen un primer borrador de su escena (o un avance de una página).....2 Demuestran compromiso con la tarea al permanecer trabajando junto a su grupo, ya sea escribiendo, aportando ideas, revisando o formulando preguntas al profesor.....2	6	
ESCENA DRAMÁTICA	Los estudiantes producen una escena dramática que cumple con: Las convenciones del lenguaje dramático (diálogos, acotaciones para describir la escenografía y los aspectos paraverbales y no verbales).....4 Renovar el rol de la mujer representado en la obra original, adecuándolo a su contexto de recepción.....4	8	
PLANIFICACIÓN DEL MONTAJE	Los estudiantes planifican el montaje de su escena dramática, considerando los siguientes aspectos: • Distribución de los roles a interpretar.....1 • Caracterización de la voz (elementos paraverbales).....1 • Caracterización corporal (elementos no verbales).....1 • Caracterización de vestuario, maquillaje y accesorios.....1 • Elementos escenográficos y cómo conseguirlos o fabricarlos...1 • Efectos de sonido.....1	6	
EJECUCIÓN DEL MONTAJE	Los grupos cumplen con: • Estar presentes con todos sus integrantes el día acordado para su actuación.....2 • Representar a sus personajes incorporando caracterización de voz o corporal.....2 • Recitar de memoria sus parlamentos.....2 • Presentarse caracterizados con vestuario, maquillaje y accesorios.....3 • Aportar elementos para la escenografía.....2 • Responder a las preguntas relativas al trabajo realizado.....2	13	
	INTEGRANTES:	33	

	COMENTARIOS:		NOTA:
--	--------------	--	-------